



RELIEVE DEL REY SETHOS I, EN EL TEMPLO DE ABIDOS.

bateros comprenden en seguida el poco cierto que han tenido y se callan: esos nubios quizá nos agradecen, allá en el fondo del alma, que les hayamos impuesto silencio.

Aquí dentro, aun cuando estamos á cielo descubierto, la obscuridad es más densa y el silbido del helado viento más lúgubre que fuera; estamos ateridos por penetrante humedad, humedad importada, desconocida en esta tierra antes que la hubiesen anegado. Nos encontramos en la parte descubierta del templo, es decir, el lugar donde los fieles se arrodian-

llaban. La sonoridad de los granitos circundantes exagera el ruido que los remos producen en esta charca; yo, entretanto, estoy sobrecogido al ver que remo y floto en el recinto donde por espacio de siglos y más siglos se prosternaron los hombres pegando el rostro con las baldosas. . . .

Decididamente, las sombras nos invaden; es tarde ya; preciso es empujar la barca hasta tocar los muros á fin de poder distinguir los jeroglíficos y los rígidos dioses grabados de tan primorosa manera que parecen obra del buril. Y *eso* que la inundación va minando hará pronto cuatro años, tiene ya en la parte inferior el tinte melancólico y negruzco de los viejos palacios venecianos.

Quietud y silencio. Reinan las sombras. Hace frío. Como los remos no se mueven, sólo oímos el quejido del viento y el chas chas del agua al chocar con ba-

jos relieves y columnas, y después, repentinamente, el ruido como de algo pesado que cae, seguido de prolongado remolino. . . . Es sin duda algún esculpido sillar que llegado su turno se ha desplomado y va á reunirse, en el lóbrego caos de abajo con otros sillares desaparecidos, con templos ya hundidos, con viejas iglesias coptas, con la ciudad de los primeros siglos cristianos, con todo lo que en otros tiempos fué isla de Philæ, «perla de Egipto», una de las maravillas del mundo. . . .

Nada vemos ya. Refugiémonos en cual-